

AZAR DE ESTÍO

U

© Manuel de Mágina, 2018

Depósito Legal: AB 355-2018

I.S.B.N.: 978-84-17487-22-5

Impreso en España

UNO
EDITORIAL

unoeditorial.com

info@unoeditorial.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados.

Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

AZAR DE ESTÍO

MANUEL DE MÁGINA

U

Iba de Primitivas Angosturas a Azalea de Velor. En Azalea tenía su casa, en Primitivas la chica con la que estaba saliendo. Recorría con su moto la carretera que unía ambas poblaciones. La moto, una campera de doscientos centímetros cúbicos, berreaba en la calma oscuridad de la noche. Regresaba de pasar el domingo —era ya pleno verano—, alrededor de las tres de la madrugada. Olía a caña de cereal recién segada, a retama calcinada en la siesta. Coronando las suaves lomas, atravesaba masas de aire caliente y, en las vaguadas, la fresca marea de las hondonadas o de los arroyos, con un distinto olor a hierbas de aroma, a juncias o a hojas de olmo. En la incierta lejanía de los campos que le quedaban a la izquierda, brillaban, como astros provisionales, los faros de las cosechadoras. Al doblar el puerto de la loma

de Pinmares, en aquel progresivo declive, vio un halo repentino de luz a la derecha, al borde de la carretera. Le impresionó pero no paró de golpe sino que siguió la inercia. Pasando, fugaz todavía, por el lugar del hecho y con el resplandor del foco, había visto iluminarse la cara de una mujer y el gesto de su mano haciendo autostop. Apuró la frenada hasta detenerse. Echó pie a tierra y giró la moto para volver. La visión de aquella figura lo había sobrecogido mucho, lo había conmocionado hasta un punto de angustia. Hizo un corto recorrido en primera, aproximándose con precaución al objetivo y enfocando con el faro. Era una mujer, en efecto. Se asombró al verla. Nada tenía que ver con las que conocía. No por su apariencia, sino por algo distinto que no podía explicarse. Tal vez por cómo miraba. Por las formas del rostro y por cómo lo miraba, aun deslumbrada por la luz de la moto. La moto canturreaba su entrecortado ralenti en el silencio de la noche. No quería detener el motor, temía a la oscuridad; a lo que pudiera pasar allí, en medio de la soledad de los campos. Por aquella carretera, a aquella hora, no solía pasar mucha gente.

No vio en ella, sin embargo, ninguna amenaza, ninguna treta; bien al contrario, en su rostro solo entreveía dulzura y bondad.

—¿Qué te pasa? —le gritó, con ánimo de querer ayudarla.

Ella no respondió nada; bajó la cabeza y negó al mismo tiempo. Él interpretó que no podía hablar con el ruido y paró la moto. La luz se fue retrayendo hasta apagarse. El motor calló y ahora solo se escuchaba la salmodia de los grillos y el rumor lejano de las cosechadoras, que se acentuaba al dar las vueltas. Apenas podía distinguir su silueta cuando le habló. No dijo nada en ningún idioma conocido o intuido por él y, sin embargo, le resultó comprensible. Tanto, que creyó poder entenderla. Arrancó la máquina y la luz volvió a iluminar su cara.

—¿Adónde vas? —le preguntó—. ¿Dónde quieres que te lleve?

Y no contestó nada, solo lo miró de aquella manera y supo que no tenía ningún sitio donde ir ni nadie, excepto él, que la pudiera ayudar. Juzgó que no era momento de entrar en valoraciones. Giró y se aproximó a ella.

—¡Vamos, sube!

La mujer dio unos pasos temerosos hacia la trasera.

—¡Vamos, adelante! ¡No tengas miedo!

La mujer subió a la moto y él señaló en un lado y en otro de la rueda de atrás.

—¡Tienes que apoyar los pies en los estribos!

Luego le dijo que debía agarrarse a su cintura con fuerza y dejarse llevar relajando el cuerpo. Se dio cuenta de que le entendía, aunque también sufría el comprensible reparo de subir a la moto de un desconocido. Le había llevado las manos con tibieza a los costados y él las presionó contra sí para que comprendiera lo que debía hacer.

—¡Si no te agarras bien a mí, caeremos los dos!
¡Deja descansar el cuerpo!

Arrancó, iniciando el equilibrio y la marcha. Cambió a segunda; la motocicleta ahogó el ruido por el sobreesfuerzo.

—¡Deja descansar el cuerpo! ¡Relájate! —le repitió, girando la cabeza hacia atrás.

A medida que la marcha fue más ligera, el equilibrio fue más fácil, el discurrir más fluido. El aire se fue convirtiendo en viento de cara. Él la notaba inquieta, precariamente agarrada a

su cintura, con el cuerpo demasiado tenso, y esa actitud le preocupaba. Deseaba poder hacer algo para infundirle confianza, para que se tranquilizara; pero nada podía hacer salvo estar tranquilo y confiado en sí mismo. Cambió hasta la marcha más larga, aceleró y volaron en el suave descenso. No sabía por qué, pero no sentía ninguna necesidad de preguntarse por ella, de saber por qué había aparecido de aquella forma tan misteriosa en su camino. De la misma manera que entendía su dialecto, entendía su situación (sola y desamparada en mitad de la noche y la carretera) y no necesitaba más explicaciones. Solo quería que se sintiera segura, solo quería ayudarla, sin más. Solo una cosa le importó saber de ella en aquel momento:

—¿Cómo te llamas? —y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para hacerse oír en medio del fragor de la ventolera.

Ella lo pensó y se retrajo, pero luego se aproximó a su oído para pronunciar las tres sílabas de su nombre. Él repitió en su cabeza aquellas tres sílabas y luego le gritó las del suyo.

—¡Yo, Cristóbal!

Discurriendo por la cañada del Batán, notando

la caricia del cogido de sus manos, el delicado apoyo de su cuerpo en su espalda, se sentía viajar sobre una forma liviana y algodonosa. Por más que acelerara, que aquella moto fuera tan rápida como el mismísimo viento, no tenía sensación alguna de peligro. La noche de verano tocaba su propia música dentro de su cabeza.

Se acercaban y empezó a acosarlo la inquietud. Doblaron la última loma antes de llegar y ya se veían a lo lejos los racimos de luces de Azalea, la macilenta luminaria de su caserío, encaramado en lo más alto. A la derecha, casi en el extremo más occidental, podía distinguir sin mucha dificultad la situación de su propia casa.

No necesitó más que una corta galopada para transitar la recta y luego remontar hasta el pueblecito. Se desvió de la carretera para entrar por el entramado de callejas. La moto, ahora en ellas, resonaba atronadora. A poco, allí donde se rellanaba y ensanchaba una calle, en las afueras, llegaron a su destino. Detuvo la moto junto al portón de entrada a una nave agrícola, paró el motor. La nave estaba adosada a la vivienda. La mujer descendió de inmediato. Lue-

go él, desplegando la horquilla y quitándose el casco. La iluminación era rala y no permitía ver demasiado bien; sin embargo, allí estaba aquella luz de sus ojos, de su rostro. Ahora le sobrevino la conciencia de la gravedad de su decisión. Pensó en cómo iba a hacer, en cómo justificaría ante sus padres aquella situación tan delirante. La mujer no traía equipaje alguno, ningún objeto portaba. Nada llevaba encima más que su propio ser y la ropa que tenía puesta. Hablaba en un idioma desconocido y no podía dar referencia alguna de ella más que la increíble historia de habérsela encontrado en medio de la noche y la carretera. Previó con anticipación la sorpresa, la incomodidad y los reproches que su acto podía depararle, venidos de sus más allegados. Estaba dispuesto a enfrentarlos, no obstante, a cambio de auxiliar a aquella persona. Sacó la llave, abrió la puerta de servicio y fue a dar la luz. Luego introdujo dentro la moto y la invitó a pasar tras él. La mujer accedió al amplio espacio de la nave agrícola. Al fondo, en la penumbra, yacían un tractor y un modelo utilitario de automóvil. No pensó que fuera prudente entrar a la casa con

ella y presentarla delante de su madre sin más preámbulo, podía causarle una impresión demasiado fuerte.

—Espera aquí —le dijo, y ella asintió.

Su madre aguardaba cada noche a que llegara. Lo hacía de un modo invariable, fuera la estación que fuera. Penetrando en el pasillo, notó la suave corriente de frescor que venía de la puerta abierta del patio. Anduvo hasta llegar a ella y traspasó la cortina de cintas de plástico. Su padre llevaría tal vez dos horas o más dormido. Su hermana vivía fuera desde que se emancipó. Era su madre el primer gran escollo y, a la vez, el más grande por salvar.

—Hola, madre.

Apenas podía intuir su figura, sentada como estaba en la oscuridad, dormitando en su hamaca.

—Llegas más tarde de lo que acostumbras...

—Sí, un poco. Ha pasado algo que no esperaba.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada, nada importante. Bueno, sí importante, pero no grave. Quiero decir que... Que no es que me haya pasado nada, pero sí que es im-

portante lo que ha pasado.

La madre notó un ligero temblor en su voz y se levantó enseguida. Quiso mirar al hijo a la luz de la lámpara y cerciorarse de su integridad física. Lo tomó del brazo y ambos atravesaron la cortina de regreso al recibidor.

—No sé lo que me quieres decir con eso...
¿Qué es lo que ha pasado?

—Verás madre... Esta noche, cuando venía, he encontrado a una persona en la carretera.

La madre lo miró muy extrañada.

—¿Una persona? ¿Y qué hacía esa persona en la carretera?

—Autostop.

—Ah, bueno —se contestó, un tanto aliviada—. No es que sea muy frecuente hoy que alguien haga autostop, todo el mundo tiene coche... Pero ¿por qué me cuentas eso? Te pediría que lo llevaras a alguna parte.

—No. No exactamente.

—¿Entonces?

—No, no es que me pidiera que la llevara a ninguna parte. Mas bien...

—Más bien, ¿qué? ¡Ay, que le estás dando muchas vueltas! ¡Dime lo que sea!

—Nada, madre. Es una mujer y la he traído a casa porque no tiene a donde ir.

La madre se acercó al hijo y lo miró a la cara con detenimiento, recorriendo facción por facción; tratando de hallar dónde estaba el rastro de locura, por dónde le había entrado.

—¿Una mujer? ¿Que no tiene donde ir?

—Sí, madre.

—¿Y por qué no tiene a dónde ir?

—No lo sé. No habla nuestro idioma. No es de aquí. Debe venir de otra parte.

—Y si no habla nuestro idioma, ¿cómo sabes tú que no tiene a donde ir?

—No sé cómo, pero me parece entenderla.

—¡Por Dios y por la santísima Virgen de Velor, Cristóbal! ¿De qué me estás hablando? ¿Cómo se te ha ocurrido traerla a casa?

—¿Qué haría, madre? ¿La dejaría allí, desamparada?

La madre recapacitó con aquellas preguntas y pareció serenarse un poco.

—¿Y dónde está esa mujer ahora?

—Ahí, en la nave.

La madre miró hacia la puerta y tragó saliva.

—¿Le digo que entre?

—Sí; dile que pase, anda.

Moviéndose entre aquel espesor de noche, sobre aquel carácter que había adquirido la realidad como de sueño o pesadilla, Cristóbal fue hasta la puerta que comunicaba con el garaje, la abrió e hizo un gesto a la mujer para que pasara. Una vez esta penetró en la casa, la cerró y caminó por el pasillo delante de ella. Se apartó a un lado al llegar al recibidor, a la altura donde estaba la madre, para dejar que se dieran vista. Las dos mujeres enfrentaron las miradas. La madre inspeccionó a la mujer de arriba abajo varias veces, la escrutó como a un enigma irresoluble. Al gesto de estupor, unió el de preocupación. Era alta, tanto o más que su hijo, y exhibía una figura modélica; con un pelo abundantísimo y largo, castaño. Vestía un pantalón vaquero, muy claro y ajustado, y una blusa de media manga de color celeste. Pero sin duda lo peor era el semblante. Una cara de rasgos extraordinarios, inusuales, que desprendía una extraña luz, y una mirada fija de enorme profundidad que costaba mantener más de un par de segundos seguidos. La madre se preguntó de dónde habría salido, de qué lugar. Le

pareció un ser aparte, nada corriente, y aquello no sirvió sino para acrecentar su inquietud. La mujer miró con humildad a la madre después de su examen y bajó la cabeza en un gesto de sumisión.

—¿Has pensado dónde se va quedar? ¿Dónde la vamos a meter? ¿Qué dirá tu padre cuando la vea? ¿Qué dirán los vecinos, la gente? ¿Qué les vamos a contar? ¿Quién vamos a decir que es y por qué la tenemos hospedada en la casa?

—No, madre.

—Eso contando con que no sea alguien que se ha escapado de algún sitio, o que ha huido porque ha hecho algo malo o vete a saber qué. Él se sintió culpable y se avergonzó de sí mismo.

—¿Has pensado lo que va decir Paqui cuando lo sepa?

—Esta mujer parece bastante mayor que yo. Además, yo solo intento ayudarla, madre.

—Eso no importa, te lo aseguro.

La mujer lo interrogó con los ojos. Él la miró intentando tranquilizarla, que se sintiera segura, que supiera que no la iba a defraudar, que no iba a dejar de estar a su lado ni un solo mo-

mento. No obstante, ella le volvió a decir, con el mismo lenguaje, que quería irse de allí, que no parecía que fuera muy bien recibida.

—¿Qué pasa, Cristóbal? ¿Por qué te mira así?

—Dice que quiere irse, que no parece que sea bien recibida aquí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Solo con que te mire lo sabes?

Y la madre llegó a pensar que a su hijo lo había embrujado aquella mujer. Atributos no le faltaban, dotes tendría.

—No es difícil de adivinar, madre; ¿no crees?

Y la resistencia de la madre se quebró con aquella pregunta.

—¡Pero no es eso, Cristóbal, no es eso! No la vamos a echar ahora a la calle. Ya que la has traído no la vamos a echar. Nadie con corazón lo haría. Pero lo uno no quita lo otro, ¿lo entiendes?

—Claro, madre. Claro que lo entiendo. Yo solo te puedo decir que pondré de mi parte lo que haga falta.

La madre se dejó vencer, arrastró una silla para sentarse; estaba cansada de estar de pie, de la enorme tensión a la que estaba sometiendo su

sistema nervioso. Apoyó el brazo en la mesa.
—Le haremos un hueco por esta noche. Solo por esta noche. Puede dormir en la habitación de tu hermana.

El hijo fue donde estaba y la besó en la cabeza.
—Gracias, madre.

Luego pasó a la cocina con la intención de ofrecer a la mujer algo que pudiera tomar antes de irse a la cama, un zumo fresco o yogur.

—¿Sabes cómo se llama?

Antes de que él pudiera contestarle, la mujer sacó de su garganta aquellas tres sílabas guturales, raídas, hondas.

—¡Qué raro habla! No la entiendo. ¿Qué es lo que ha dicho, Cristóbal?

—María. Se llama María.